



A. Campillo dibujó.

Lito de M. Murguía y Ca

EL MERCERO.

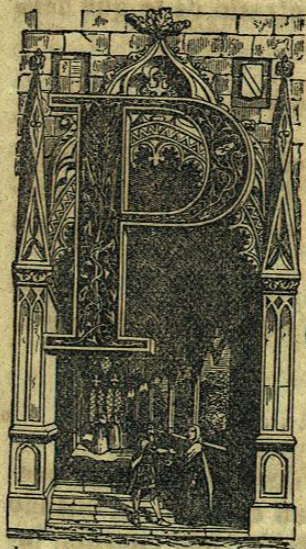


El Mercero.

FRAGMENTOS DE VIAGE.

I.

Introduccion.—Reflexiones.—Ojeada á los evangelios.—El hombre piedra.—Fortuna inesperada.—La Semana Santa en Roma.—Los bandidos italianos.—Nueva fuente del pecado original.



OBRE, solo, sin amigos empleados y con memoria; sin hermanas de ojos sublevadores; sin nada mas que mi nada, y con veinticinco Noche-buenas de añadidura y un sin fin de noches malas, preciso era buscar un medio para hallar medios y ganar la vida, trabajo que no tiene aquel que nació rico y que no descende de Adan, supuesto que vino al mundo con la vida ya ganada.
Pero y yo, ¿cómo ganarla? ¡Ahí está la dificultad....! Si allá en mis primeros años hubiera aprendido el arte de enmarañar la justi-

cia....; si entonces se me hubiera enseñado á ser el total ó suma de pulmonias y tabardillos, de tétanos y *peritonitis*, todo agudo por supuesto, para no dejar con vida ni á moros ni á cristianos....; si al menos, en fin, hubiera desde entonces buscado la piedra filosofal entre las malvas y la mejorana, el jarabe de chicoria y el famosísimo *oleum serpentorum*, desde luego no tendria hoy que aguzar mi roma inteligencia para ver cómo *gano* esta vida que me dieron *gratis*, y sin que hubiera precedido *petición verbal del interesado*.

Y bien: ¿á que debo dedicarme? quién me inspira? quién me aconseja?

¿Puedo ser hoy tinterillo ó curandero?—Ya es tarde para eso.

¿Aprenderé algun arte?—Mis veinticinco años se avergüenzan de pasar por aprendices.

¿Solicitaré algun empleo?—Ya dije que no tengo hermanas.

¿Me haré soldado?—Tengo miedo.

Pues lego?—¡Ave María Purísima!

Pues.... ¿no haré nada?....—Pues.... ¡¡¡tengo hambre!!!

Está visto! soy incapaz de hacer un catecismo cuyas respuestas sean de algun provecho. Preciso es que me responda otro; que ese otro me aconseje, me ilumine, porque, como dice el proverbio.... ¡Aguardo! Los proverbios.... ¡He aquí los únicos amigos del hombre pobre!

¡Tonto de mí! ¡que habia olvidado esos *evangelios chiquitos*, segun los llamaban nuestros abuelos! Ellos, es decir, los *evangelios*, mejor que las personas prudentes, no me aconsejarán lo contrario de lo que deba hacer.... Veamos, busquemos, recordemos:

¡Perro que no anda no encuentra hueso!

¡Oh! delicioso, magnífico!.... Esto quiere decir que yo debo andar mucho.... al parejo, cuando menos, del Judío Errante. ¡Caball! precisamente eso es lo que me conviene.—Ah! son mucho cuento los *evangelios parvulitos*!

Pero y cómo debo andar, yo que por un milagro no me he *transportado* hasta hoy en cuatro piés?—Adelante, que otro *evangelio* me lo va á decir. A ver:

¡¡Piedra que rueda no cria moho....!!

¡Andale! ¡Pues he quedado fresco! He aquí dos sábios que no pueden negar que lo son, supuesto que apenas se han encontrado, cuando el uno dice *ache* y el otro *erre*, materia para entablar una cuestion luminosa, humanitaria, y digna de la universidad de mas renombre.

Y ahora ¿qué hago? Ruedo y no *crio* moho, ó no ruedo y no *encuentro* hueso? Me debo convertir en mastin ó en canal de azotea?

Discurramos:—Haré de ambas cosas un todo, una nueva sustancia, sacaré un término medio, un ser nuevo, ó como Vdes. quieran llamarle, y tendré que convertirme en un *animal de piedra*, vagamundo, sagaz, olfateador; incansable en el andar; fuerte para resistir al sol, al frio y á las tempestades; duro para no dar lo mio; ligero para recibir lo ageno.... en fin, debo hacerme *barillero*, *mercillero*, *buhonero*, *mercero* &c., pues todo viene á ser lo mismo, segun las dos autoridades mas respetables que conocemos: el vulgo y la academia de la lengua.

Bien está, haréme *barillero*, aunque para ello encuentro un pequeño inconveniente.... el mismo ni mas ni menos que hallaria una cocinera que quisiese hacer una tortilla y le faltaran huevos.... ¡Cáscaras! Hase dicho que hasta para pedir limosna se necesita un tompeate; y yo digo que hasta para ahorcarse debemos contar antes con una cuerda que *secunde la idea del cuellicidio*! Sin embargo, yo poseo tres reales, capital que vale algo mas que una sogá y un tompeate.

Y ahora, lectores, perdonándome Vdes. el que abandone el presente por el pretérito, cosa que haré muy á menudo, volveré á repetir que contaba solamente con tres reales, pequeño capital que emplee en un papel de agujas, media docena de bolitas de hilo, é igual cantidad de cierto calendario nuevo que un mal intencionado muchacho me vendió, á razon de á tlaco por cada uno. El inesperto arrapiezo creyó haber salido de sus *mulas*; mas ¡oh dichosos calendarios! ó mejor dicho, ¡dichoso yo que los compré!

No habia trascurrido una hora cuando aquellos seis librillos, (de los cuales cada uno de ellos contenia el cargo y data de la vida,) se habian convertido en otros tantos reales, que poco despues se trasformaron en una docena de almanagues, elevando así mis mercancías á un par de pesos!—A las 24 horas mi capital se componia de tres papeles de agujas del taladro; un mazo de avalorios; una docena de bolitas ensartadas en una varita; siete calendarios y en efectivo cinco duros!

A muchos parecerá fabuloso el espléndido resultado de mis primeras operaciones mercantiles, bien que no soy el único ejemplo de ello; mas escuchen los incrédulos, y cierren el pico los murmuradores:

El calendario, origen de mi fortuna, contenia varios artículos, y entre ellos uno que le grangeó la prohibicion de su venta. Como sucede siempre el anatematizado almanaque aumentó de valor para ciertas gentes aficionadas á lo vedado, las cuales me le compraban hasta por cuatro tantos mas de lo que valia, y bajo el pretesto de leer un artículo que describia á la Semana Santa en Roma. ¡Cosa rara! los lectores mas impíos querian saber como se solemnizaba la Semana mayor en la metrópoli del cristianismo, y hubo pedazo de alcornoque tan entusiasta que llegó á ofrecerme el valor íntegro de diez calendarios en cambio del prohibido.

Por desgracia ya no me quedaba ni uno solo. Yo habia pregoná-